

HOMILÍA VIIº DOMINGO DE PASCUA

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Celebramos los cristianos en este domingo una solemnidad muy arraigada en la conciencia de los fieles: la Ascensión del Señor a los cielos. Es una fiesta entrañable para los cristianos, y siempre despierta alegría y esperanza.

Cuarenta días después de la Resurrección Jesús fue elevado al cielo en presencia de los discípulos, sentándose a la derecha del Padre, hasta que venga en su gloria a juzgar a vivos y muertos (elog. del Martirologio Romano).

Hemos llegado a la solemnidad de la Ascensión del Señor. Se cumplen las palabras de Cristo: “salí del Padre, vine al mundo, y ahora dejo el mundo y vuelvo a mi Padre” (Jn.16,28).

I.- LAS LECTURAS

*** Libro de los Hechos de los Apóstoles 1, 1-11.** . La Ascensión forma parte del misterio pascual de Cristo. Culminada su misión, Jesús se elevó al cielo ante la mirada sobrecogedora y alegre de sus apóstoles.

*** Salmo Responsorial 46.** Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas. Hagamos nuestra esta exclamación del salmo. Alabemos al Padre por Cristo en el Espíritu Santo.

*** Carta de San Pablo a los Efesios 1, 17-23.** Jesús volvió al Padre que lo sentó a su derecha, en el cielo. Dios lo exaltó y le dio el Nombre sobre todo nombre de modo que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra, y toda lengua confiese que Jesús el Señor para gloria del Padre.

*** Evangelio según San Marcos 16, 15-20.** Jesús subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Los apóstoles son los testigos y anunciadores del Evangelio de Cristo exaltado a todas las naciones. La misión de Jesús está ahora en manos del Espíritu Santo y de la Iglesia.

II.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- Jesús sube al cielo.

La fiesta de hoy celebra el triunfo definitivo de Jesús: “subió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre”, “e intercede por nosotros ante el Padre”, que caminamos por este mundo hacia la Casa del Padre.

El Señor salió del seno del Padre y vino a este mundo “tomando la condición de esclavo”. Ha realizado la misión salvadora del hombre que el Padre le encomendó, y ha vuelto a Él.

Pero Cristo glorioso no vuelve a su Padre solo; Él lleva en si y consigo a la humanidad ya que, al encarnarse en el seno virginal de María por obra y gracia del Espíritu Santo, asumió la naturaleza humana y no la ha abandonado. Por eso cada vez que el Padre mira con amor a su Hijo Jesucristo, sonríe y ama a la humanidad, a cada ser humano, a ti... En Él y con Él ascendemos al cielo. Hermosa fiesta que nos habla de esperanza, de victoria final, de eternidad en Dios y con Dios.

2.- Jesucristo no nos ha dejado solos

Jesucristo no nos ha dejado solos ni nos ha abandonado a nuestra suerte. Él se ha quedado con nosotros hasta el final de los siglos. También se ha quedado contigo, está a tu lado. Nadie está solo en la tierra, ni siquiera en el momento de mayor soledad del hombre que es su muerte. Allí está el Señor para acogerte. ¿Dónde se ha quedado el Señor?

* Cristo se ha quedado en su Palabra para seguir hablándonos siempre.

* Cristo se ha quedado en la Eucaristía donde está presente realmente y se nos ofrece como el “verdadero pan de vida”.

* Cristo se ha quedado en los pobres; desde ellos nos interpela. En el clamor de los pobres debemos escuchar el grito del Señor.

* Cristo se ha ido al Padre pero con el Padre nos ha regalado el Espíritu Santo que habita en nosotros, nos ilumina y nos guía por los caminos del mundo hacia el Señor y nos fortalece para anunciar a Jesucristo a todos los seres humanos.

Más aún, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo habitan en el alma del justo. Recordemos estas palabras de Jesucristo:

* “si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn.14,23).

* “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad” (Jn.14,15-16).

Por eso, queridos hermanos, podemos vivir y caminar en paz y esperanza por los senderos de este mundo. Aunque alguna vez tengamos que “pasar por cañadas oscuras”, podemos decir con el salmista: “nada temo porque Tú, Señor, vas conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan”.

3.- Nuestra esperanza está en Dios

Queremos celebrar esta solemnidad con los ojos puestos en el cielo donde ha ido el Señor. En el Reino de los cielos nos ha preparado sitio para que un día estemos con Él por toda la eternidad. Recordemos este texto de la Escritura Santa: “No tenemos ciudad permanente aquí, sino que buscamos otra”, la Casa de Dios, el cielo. Por eso la liturgia de la Iglesia afirma: “La vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo” (Prefacio difuntos).

Esta fiesta abre nuestros ojos y nuestro corazón a la esperanza y a la confianza sin límites en Dios compasivo y misericordioso: Jesús, resucitado y sentado a la derecha del Padre, ha vencido a todos los enemigos del hombre: el dolor, la enfermedad, el pecado y la muerte, y nos da parte en su victoria y triunfo. La muerte no es el final del camino ni la última palabra sobre el ser humano. Ya hay futuro y esperanza para el hombre y la mujer. Por eso, San Pedro nos invita a comprender la esperanza a que Dios nos llama y la riqueza de la Gloria que nos da en herencia a los que creemos (cf. IPedr 1,3-5). Seamos testigos de la esperanza y de la alegría para todos, especialmente para los que han perdido la esperanza...

4.- El Señor nos ha enviado a anunciar el evangelio

El Señor no quiere que permanezcamos mirando a las nubes, porque ya ha comenzado el tiempo de la misión: “id al mundo entero...” (Mt. 25). “La Iglesia existe para evangelizar” (Beato Pablo VI). “Promovamos la nueva evangelización” (San Juan Pablo II). Estamos en “una nueva etapa evangelizadora” (Papa Francisco (EG). En este XIV Sínodo diocesano que estamos celebrando debemos impulsar con nuevo ardor, con nuevo fervor, con palabras y obras y en comunión eclesial la evangelización.

No nos quedemos encerrados en nosotros mismos, sino que salgamos a las calles y plazas del mundo a anunciar a Jesucristo.

Seamos cada día más una Iglesia con “las puertas abiertas, en salida, hacia las periferias del mundo; una Iglesia misionera y evangelizadora” (Papa Francisco). Superemos los miedos y temores. Vencamos los “respetos humanos”. No nos dé vergüenza de ser testigos de Jesús en la familia, en la calle, en la sociedad, en el trabajo...

Rogamos a los padres de familia que comuniquen la fe y la vida cristiana a sus hijos

Pidamos al Señor catequistas que eduquen la fe de los niños, adolescentes y jóvenes.

Roguemos a Jesucristo que suscite misioneros que anuncien a Jesucristo a quienes no lo conocen.

Supliquemos a Dios que envíe evangelizadores que comuniquen a otros a Jesucristo.

Fortalezcamos nuestra fe y, con la ayuda del Señor, transmitamos y comuniquemos esta fe a todos. Hemos de fortalecer la fe para comunicarla y transmitirla a los demás.

Ayudemos a los que se han alejado de la Iglesia y de los sacramentos a recuperar la alegría de ser creyentes, el gozo de pertenecer a la Iglesia y la alegría de recibir los sacramentos de la Iglesia.

Ayudemos a los que no creen a ponerse en el camino que lleva al ser humano a la fe.

Este Evangelio es la buena Noticia para la humanidad ya que nos habla de paz y no de violencia, de amor y no de odio, de vida y no de muerte, de justicia y no de injusticia, de perdón y no de rencor, de misericordia y no de venganza, de compartición y no de insolidaridad, de santidad y no de pecado, de verdad y no de mentira...

Así cumpliremos y realizaremos las palabras de Jesucristo: “haced discípulos míos a todas las gentes” (Mt.25) .

5.- El Espíritu Santo nos alienta en el anuncio de Jesús

No estamos solos. Jesucristo está con nosotros hasta el final de los tiempos. El Espíritu es el aliento que nos han dado el Padre y el Hijo para anunciar a Jesucristo y para servir a los demás, especialmente a los más pobres y necesitados.

“Queremos ser cada día más una Iglesia pobre y entregada al servicio de los pobres” (Asamblea Sinodal. Diócesis de Coria-Cáceres. Año 1987).

Pidamos al Señor que nos dé la fortaleza y la valentía para proclamar ante todos el Evangelio de Jesucristo aunque seamos perseguidos,

encarcelados... por causa del Señor. Si Dios está con nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros? O, en todo caso, ¿qué importa que esté contra nosotros?

“Queremos ser cada día más una Iglesia evangelizada y evangelizadora”.

“Queremos ser una Iglesia que no se limite a una pastoral de conservación sino a una pastoral evangelizadora y misionera”,

6.- Comprometidos al servicio de la dignidad de todos.

Deseamos celebrar esta solemnidad con el verdadero compromiso hacer el mundo más humano, más libre, más fraterno, más acogedor, más justo. Extendamos en el mundo una mesa muy grande en torno a la cual podamos sentarnos todos, como buenos hermanos, para compartir los dones que Dios ha creado para todos...Es un signo del banquete celestial...

Anhelamos celebrar esta solemnidad con el verdadero propósito de hacer desaparecer para siempre de este mundo la guerra y la violencia, el hambre y la exclusión.

Celebramos esta solemnidad con la esperanza de que, al final de los siglos, Jesucristo volverá glorioso. Por eso, le suplicamos hoy: “¡Ven, Señor Jesús; no tardes; te estamos esperando!”.

“Queremos ser cada día más una Iglesia que espere con anhelo la vuelta gloriosa del Señor, desprendiéndose del dinero, del poder, de las glorias humanas...”

III.- SIGAMOS CELEBRANDO LA EUCARISTÍA

La proclamación de la Palabra nos lleva a la Eucaristía donde encontramos al Señor que nos acoge y nos bendice.

La Eucaristía celebrada nos lleva a dar testimonio del Señor en el mundo y a volver nuestra mirada a la patria celestial....

Terminamos. Unidos en la oración.

Cáceres. 11 de mayo de 2015.

Florentino Muñoz Muñoz

JORNADA MUNDIAL Y COLECTA DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA XLIX JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

Comunicar la familia: ambiente privilegiado del encuentro en la gratuidad del amor

El tema de la familia está en el centro de una profunda reflexión eclesial y de un proceso sinodal que prevé dos sínodos, uno extraordinario –apenas celebrado– y otro ordinario, convocado para el próximo mes de octubre. En este contexto, he considerado oportuno que el tema de la próxima Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales tuviera como punto de referencia la familia. En efecto, la familia es el primer lugar donde aprendemos a comunicar. Volver a este momento originario nos puede ayudar, tanto a comunicar de modo más auténtico y humano, como a observar la familia desde un nuevo punto de vista.

Podemos dejarnos inspirar por el episodio evangélico de la visita de María a Isabel (cf. *Lc* 1, 39-56). «En cuanto Isabel oyó el saludo de María, la criatura saltó en su vientre, e Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó a voz en grito: “¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!”» (vv. 41-42).

Este episodio nos muestra ante todo la comunicación como un diálogo que se entrelaza con el lenguaje del cuerpo. En efecto, la primera respuesta al saludo de María la da el niño saltando gozosamente en el vientre de Isabel. Exultar por la alegría del encuentro es, en cierto sentido, el arquetipo y el símbolo de cualquier otra comunicación que aprendemos incluso antes de venir al mundo. El seno materno que nos acoge es la primera «escuela» de comunicación, hecha de escucha y de contacto corpóreo, donde comenzamos a familiarizarnos con el mundo externo en un ambiente protegido y con el sonido tranquilizador del palpar del corazón de la mamá. Este encuentro entre dos seres a la vez tan íntimos, aunque todavía tan extraños uno de otro, es un

encuentro lleno de promesas, es nuestra primera experiencia de comunicación. Y es una experiencia que nos acomuna a todos, porque todos nosotros hemos nacido de una madre.

Después de llegar al mundo, permanecemos en un «seno», que es la familia. Un seno hecho de personas diversas en relación; la familia es el «lugar donde se aprende a convivir en la diferencia» (exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 66): diferencias de géneros y de generaciones, que comunican antes que nada porque se acogen mutuamente, porque entre ellos existe un vínculo. Y cuanto más amplio es el abanico de estas relaciones y más diversas son las edades, más rico es nuestro ambiente de vida. Es el vínculo el que fundamenta la palabra, que a su vez fortalece el vínculo. Nosotros no inventamos las palabras: las podemos usar porque las hemos recibido. En la familia se aprende a hablar la lengua materna, es decir, la lengua de nuestros antepasados (cf. 2 *Mac* 7, 25.27). En la familia se percibe que otros nos han precedido, y nos han puesto en condiciones de existir y de poder, también nosotros, generar vida y hacer algo bueno y hermoso. Podemos dar porque hemos recibido, y este círculo virtuoso está en el corazón de la capacidad de la familia de comunicarse y de comunicar; y, más en general, es el paradigma de toda comunicación.

La experiencia del vínculo que nos «precede» hace que la familia sea también el contexto en el que se transmite esa forma fundamental de comunicación que es la oración. Cuando la mamá y el papá acuestan para dormir a sus niños recién nacidos, a menudo los confían a Dios para que vele por ellos; y cuando los niños son un poco más mayores, recitan junto a ellos oraciones simples, recordando con afecto a otras personas: a los abuelos y otros familiares, a los enfermos y los que sufren, a todos aquellos que más necesitan de la ayuda de Dios. Así, la mayor parte de nosotros ha aprendido en la familia la dimensión religiosa de la comunicación, que en el cristianismo está impregnada de amor, el amor de Dios que se nos da y que nosotros ofrecemos a los demás.

Lo que nos hace entender en la familia lo que es verdaderamente la comunicación como descubrimiento y construcción de proximidad

es la capacidad de abrazarse, sostenerse, acompañarse, descifrar las miradas y los silencios, reír y llorar juntos, entre personas que no se han elegido y que, sin embargo, son tan importantes las unas para las otras. Reducir las distancias, saliendo los unos al encuentro de los otros y acogiendo, es motivo de gratitud y alegría: del saludo de María y del salto del niño brota la bendición de Isabel, a la que sigue el bellissimo canto del Magnificat, en el que María alaba el plan de amor de Dios sobre ella y su pueblo. De un «sí» pronunciado con fe surgen consecuencias que van mucho más allá de nosotros mismos y se expanden por el mundo. «Visitar» comporta abrir las puertas, no encerrarse en uno mismo, salir, ir hacia el otro. También la familia está viva si respira abriéndose más allá de sí misma, y las familias que hacen esto pueden comunicar su mensaje de vida y de comunión, pueden dar consuelo y esperanza a las familias más heridas, y hacer crecer la Iglesia misma, que es familia de familias.

La familia es, más que ningún otro, el lugar en el que, viviendo juntos la cotidianidad, se experimentan los límites propios y ajenos, los pequeños y grandes problemas de la convivencia, del ponerse de acuerdo. No existe la familia perfecta, pero no hay que tener miedo a la imperfección, a la fragilidad, ni siquiera a los conflictos; hay que aprender a afrontarlos de manera constructiva. Por eso, la familia en la que, con los propios límites y pecados, todos se quieren, se convierte en una escuela de perdón. El perdón es una dinámica de comunicación: una comunicación que se desgasta, se rompe y que, mediante el arrepentimiento expresado y acogido, se puede reanudar y acrecentar. Un niño que aprende en la familia a escuchar a los demás, a hablar de modo respetuoso, expresando su propio punto de vista sin negar el de los demás, será un constructor de diálogo y reconciliación en la sociedad.

A propósito de límites y comunicación, tienen mucho que enseñarnos las familias con hijos afectados por una o más discapacidades. El déficit en el movimiento, los sentidos o el intelecto supone siempre una tentación de encerrarse; pero puede convertirse, gracias al amor de los padres, de los hermanos y de otras personas amigas, en un es

título para abrirse, compartir, comunicar de modo inclusivo; y puede ayudar a la escuela, la parroquia, las asociaciones, a que sean más acogedoras con todos, a que no excluyan a nadie.

Además, en un mundo donde tan a menudo se maldice, se habla mal, se siembra cizaña, se contamina nuestro ambiente humano con las habladurías, la familia puede ser una escuela de comunicación como bendición. Y esto también allí donde parece que prevalece inevitablemente el odio y la violencia, cuando las familias están separadas entre ellas por muros de piedra o por los muros no menos impenetrables del prejuicio y del resentimiento, cuando parece que hay buenas razones para decir «ahora basta»; el único modo para romper la espiral del mal, para testimoniar que el bien es siempre posible, para educar a los hijos en la fraternidad, es en realidad bendecir en lugar de maldecir, visitar en vez de rechazar, acoger en lugar de combatir.

Hoy, los medios de comunicación más modernos, que son irrenunciables sobre todo para los más jóvenes, pueden tanto obstaculizar como ayudar a la comunicación en la familia y entre familias. La pueden obstaculizar si se convierten en un modo de sustraerse a la escucha, de aislarse de la presencia de los otros, de saturar cualquier momento de silencio y de espera, olvidando que «el silencio es parte integrante de la comunicación y sin él no existen palabras con densidad de contenido» (Benedicto XVI, Mensaje para la XLVI Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 24 enero 2012). La pueden favorecer si ayudan a contar y compartir, a permanecer en contacto con quienes están lejos, a agradecer y a pedir perdón, a hacer posible una y otra vez el encuentro. Redescubriendo cotidianamente este centro vital que es el encuentro, este «inicio vivo», sabremos orientar nuestra relación con las tecnologías, en lugar de ser guiados por ellas. También en este campo, los padres son los primeros educadores. Pero no hay que dejarlos solos; la comunidad cristiana está llamada a ayudarles para vivir en el mundo de la comunicación según los criterios de la dignidad de la persona humana y del bien común.

El desafío que hoy se nos propone es, por tanto, volver a aprender a narrar, no simplemente a producir y consumir información. Esta es la dirección hacia la que nos empujan los potentes y valiosos medios de la comunicación contemporánea. La información es importante pero no basta, porque a menudo simplifica, contrapone las diferencias y las visiones distintas, invitando a ponerse de una u otra parte, en lugar de favorecer una visión de conjunto.

La familia, en conclusión, no es un campo en el que se comunican opiniones, o un terreno en el que se combaten batallas ideológicas, sino un ambiente en el que se aprende a comunicar en la proximidad y un sujeto que comunica, una «comunidad comunicante». Una comunidad que sabe acompañar, festejar y fructificar. En este sentido, es posible restablecer una mirada capaz de reconocer que la familia sigue siendo un gran recurso, y no solo un problema o una institución en crisis. Los medios de comunicación tienden en ocasiones a presentar la familia como si fuera un modelo abstracto que hay que defender o atacar, en lugar de una realidad concreta que se ha de vivir; o como si fuera una ideología de uno contra la de algún otro, en lugar del espacio donde todos aprendemos lo que significa comunicar en el amor recibido y entregado. Narrar significa más bien comprender que nuestras vidas están entrelazadas en una trama unitaria, que las voces son múltiples y que cada una es insustituible.

La familia más hermosa, protagonista y no problema, es la que sabe comunicar, partiendo del testimonio, la belleza y la riqueza de la relación entre hombre y mujer, y entre padres e hijos. No luchamos para defender el pasado, sino que trabajamos con paciencia y confianza, en todos los ambientes en que vivimos cotidianamente, para construir el futuro.

Vaticano, 23 de enero de 2015, Vigilia de la fiesta de San Francisco de Sales

de Francisco Mensaje

MENSAJE DE LOS OBISPOS DE LA CEMCS PARA LA XLIX JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

Comunicar la familia aquí y ahora

Cada año, en el marco de la solemnidad de la Ascensión del Señor, la Iglesia celebra la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. Es un día oportuno para reflexionar sobre el mundo de la comunicación a la luz de la Palabra de Dios, proclamada en la eucaristía, y que sitúa a la Iglesia en la dinámica del anuncio de la Buena Noticia: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio». El papa Francisco ha orientado la reflexión de la Iglesia para esta Jornada hacia la familia, que «es el primer lugar en donde aprendemos a comunicar», al tiempo que señala que la vuelta «a este momento originario nos puede ayudar a comunicar de modo más auténtico y humano».

Los obispos de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación sentimos y hacemos nuestra la urgencia del santo padre para poner la familia en el centro de la reflexión de la Iglesia, también desde la perspectiva de la comunicación. El próximo Sínodo ordinario de la familia, que se celebrará en Roma el mes de octubre, supone para nosotros la oportunidad de comunicar lo que es la familia en su verdad profunda, la vocación de ser encuentro de personas vinculadas por el amor y llamadas a dar vida. En ella se aprende, se comparte, se ama.

Nuestra pertenencia a una familia natural, formada por esposos y padre, hijos y hermanos, no es exclusiva. Además de esta, somos miembros de la gran familia humana, de la familia de los hijos de Dios, de la familia de los hermanos en Cristo. Cada una de ellas supone una oportunidad y un ambiente adecuado para realizar esa aspiración esencial de cada hombre que es alcanzar una vida humana, plena, feliz y lograda. Pero además de situarnos en el camino de la felicidad, la familia es también una exigencia y, por tanto, implica una responsabilidad que mueve a la Iglesia a actuar, en la dirección que señaló el papa Francisco

en su cuenta de Twitter, «la Iglesia y la sociedad necesitan familias felices». No hay felicidad individual, egoísta, alejada del prójimo. La felicidad del hombre, para ser completa, ha de ser siempre compartida, y el primer lugar en el que se comparte y se comunica es la propia familia.

Ser miembros de la gran familia humana es al mismo tiempo un don y una tarea, también desde la perspectiva de la comunicación. En sociedad se nos transmiten los conocimientos, las reflexiones, las opiniones, las ideas, los sentimientos, los deseos que configuran nuestro mundo interior. Gracias a esta familia humana se alcanza lo mejor de nuestra propia naturaleza compartida a través de cauces muy variados, entre los que no es el menor el de los medios de comunicación. Reconocemos y valoramos ese don que trae consigo la humanidad y al mismo tiempo señalamos la responsabilidad que lleva aparejado. Nosotros también estamos llamados a enriquecer la vida de los demás, desde nuestra propia identidad, desde el amor y el respeto al prójimo, comunicando la verdad y el respeto. Una verdad que debemos comunicar libre de las ataduras que a veces generan lo que los expertos denominan “el ruido” de la comunicación: el rumor, la calumnia, la difamación o la incitación al odio. Es la responsabilidad que tenemos para favorecer la comunicación en la familia.

Hemos hablado también de nuestra pertenencia a la familia de los hijos de Dios. Millones de personas en este mundo somos hijos de Dios. Tomar conciencia de este don es un motivo de alegría. Como señala el papa Francisco, «la experiencia del vínculo que nos “precede” hace que la familia sea también el contexto en el que se transmite esa forma fundamental de comunicación que es la oración. (...) La mayor parte de nosotros ha aprendido en la familia la dimensión religiosa de la comunicación, que en el cristianismo está impregnada de amor, el amor de Dios que se nos da». Ciertamente, una de las primeras comunicaciones que recibimos en nuestra familia natural confiamos que haya sido la de la paternidad de Dios, la relación posible y necesaria con Él, nuestra pertenencia a un universo religioso que nos trasciende. Esta experiencia, que compartimos con las personas de otras religiones y tradicio

nes, nos obliga también a compartir con ellos la misión de comunicar su amor. El hombre, ser religioso y trascendente por naturaleza, está llamado a poner en común, a comunicar, que Dios es amor. Transmitir que Dios es amor es fuente de esperanza y motor de misericordia para el hombre y la mujer de nuestro tiempo. Esta es una aportación, un servicio muy necesario para todo tiempo y lugar, pero más aún para el tiempo que vivimos y la sociedad en que nos movemos.

Con los hermanos en Cristo, formamos también una familia, la Iglesia que, particularmente en España, mira en este tiempo a Teresa de Ávila, la gran comunicadora, de la que celebramos el V Centenario de su nacimiento, y lo hacemos en medio del Año de la Vida Consagrada. Al recordar en este mensaje a santa Teresa de Jesús, es fácil recordar su pluma serena y certera, su entrega a la misión y al servicio de la Iglesia y su amor por la Verdad encarnada en Jesús. La vida consagrada, que sigue este ejemplo y el de tantos santos de la Iglesia, contribuye con su testimonio y su misión a la comunicación de la buena noticia del Evangelio. A esta misión queremos invitar también a todos los miembros del Pueblo de Dios. Recogiendo el testigo de santa Teresa, os pedimos que comuniquéis en el interior de la familia cristiana y en todo el mundo el amor de Dios que se nos ha revelado en su Hijo Jesucristo.

Al mismo tiempo, con motivo de la próxima celebración de la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, queremos renovar nuestro testimonio de agradecimiento a todos los profesionales de la comunicación que han dado su vida en el ejercicio de esta noble profesión. Pedimos que su servicio a la verdad y al bien tenga recompensa en la presencia de Dios. Y a todos los que continúan en el ejercicio del periodismo transmitirles nuestro afecto y el deseo de que su trabajo tenga el reconocimiento de la sociedad entera. En ello empeñamos nuestra oración al Señor Jesús, camino, verdad y vida.

Dejémonos inspirar, como nos pide el santo padre, por el ejemplo de la Virgen María, que en su visita a Isabel, su prima, nos muestra el modelo de una Iglesia en salida para anunciar el Evangelio y acompañar el camino de aquellos que nos necesitan.

✧ Ginés Ramón García Beltrán, obispo de Guadix y presidente de la CEMCS

✧ Santiago García Aracil, arzobispo de Mérida-Badajoz

✧ Joan Píris Frígola, obispo de Lleida

✧ José Manuel Lorca Planes, obispo de Cartagena

✧ Salvador Giménez Valls, obispo de Menorca

✧ José Ignacio Munilla Aguirre, obispo de San Sebastián

TERESA DE JESÚS, EXPERTA COMUNICADORA EN EL SIGLO XVI

P. Francisco Javier Sancho Fermín, OCD

Parecería una paradoja la pretensión de esta conferencia si no fuera enmarcada en el contexto del centenario teresiano y en el ámbito de un encuentro de comunicadores católicos. Y más cuando el encargado de dar esta conferencia no es un periodista profesional, si bien las coyunturas me han llevado a colaborar muchas veces con los diferentes medios de comunicación.

Que Teresa es una gran comunicadora pienso que nadie lo pone en duda. Ciertamente que para nosotros hoy no es fácil la lectura de sus obras, que por estilo, terminología y temática, muchas veces se escapa a los temas fácilmente comprensibles. No es extraño que incluso muchos de los aquí presentes hayan hecho el intento de leerla y de haber fracasado en el intento. Un servidor también pasó por esa experiencia.

No entro en las dificultades que hoy puede presentar el lenguaje teresiano y su formulación. Pienso que es un tema serio e importante, pero la orientación de mi presentación quiere ir en otra dirección. Si Teresa ha sido capaz de asombrar a grandes literatos, pensadores, filósofos, etc. a lo largo de la historia ha sido, sin duda, gracias a la fuerza de su lenguaje y su capacidad de comunicar. Aspectos que emergen principalmente de la temática hacia la cual se dirigen sus escritos: hablarnos de nuestra interioridad, del Misterio que acontece y frente al cual no es fácil dibujar palabras.

A lo largo de la historia muchos personajes y gente sencilla han quedado prendados del lenguaje teresiano. Uno de los primeros en constatar su grandeza fue sin duda fray Luis de León, primer editor de sus obras, quien confiesa descubrir a una mujer viva y comunicadora de experiencia a través de sus escritos. El mismo Unamuno no deja de admirar la filosofía de vida que esconden los textos teresianos, o Azorín, quien subrayaba –refiriéndose al *Libro de la Vida*– que no existe libro más profundo en ninguna otra literatura. En una línea semejante se manifestaba la filósofa judía y mártir de Auschwitz Edith Stein, quien después de la lectura de la obra teresiana se decidiese a entrar en la Iglesia católica. Ella se expresa con estas palabras: «A excepción de las *Confesiones* de san Agustín, no existe en la literatura universal ningún otro libro que como este lleve el sello de la veracidad (*Wahrhaftigkeit*), que tan inexorablemente ilumina hasta los rincones más escondidos de la propia alma y que deposita un testimonio estremecedor de la “misericordia de Dios”».

Curiosamente en la actualidad Teresa sigue llamando la atención a estudiosos del ámbito del *marketing*, del liderazgo, etc. Ya hay estudios significativos que presentan la figura de Teresa como *leader*...

Mujer y escritora

Si nos acercamos a Teresa hay un primer aspecto que impacta profundamente: lo mucho que pudo escribir, a pesar de las múltiples dificultades y obstáculos de la época en que le tocó vivir.

Bastaría con acercarnos a su epistolario para darnos cuenta de la importancia que para Teresa adquiere la comunicación. Por desgracia no conservamos más que casi 500 cartas, cuando posiblemente escribió – según calculan algunos estudiosos– entre 15.000 ó 20.000 cartas.

Y es que Teresa, independientemente de los muchos asuntos que se traía entre manos, siempre consideró fundamental el que se diera una comunicación constante y fluida entre los monasterios que iba fundando. Ella no quería islas, sino espacios de comunión y comunicación.

Pero más allá de este aspecto, si queremos familiar, de la comunicación, me preguntaría: ¿qué piensa Teresa de sí misma?, ¿es ella consciente de la importancia de la comunicación?, ¿en Teresa se da el problema de lo importante que es hoy transmitir un mensaje y que este llegue al público?

Comunicadora

Hoy sabemos muy bien que no es suficiente comunicar algo, sino el cómo; es decir, que es lo que hace que una noticia, un mensaje, pueda tener la suficiente acogida en aquel que lo recibe. Hay sectores que se mueven en el ámbito del sensacionalismo y en ello fundamentan el éxito de su comunicación. Otros centran la atención en los grandes titulares. Y todos nos seguimos preguntando, especialmente en el ámbito eclesial, cómo llegar con el lenguaje, con la imagen, a un público amplio, y cómo transmitir el mensaje que queremos que llegue.

Teresa de Jesús se fue dando cuenta a lo largo de su vida de esta problemática real, quizás más fuerte en su época por los múltiples controles inquisitoriales, y porque en definitiva ella era mujer y su pretensión era comunicar temas polémicos.

Cuando uno lee los escritos teresianos y lo hace a la luz de la realidad histórica y eclesial en que fueron escritos, sin duda asombra su supervivencia. Y la razón de todo ello se fundamenta en la gran inteligencia de su autora para aprender a sobrevivir en un ambiente hostil y contrario al mensaje que ella pretendía transmitir.

Bastaría con citar una frase que sacamos de su libro de las *Fundaciones* para darnos cuenta de hasta qué punto ella es sobradamente consciente de esa realidad. Frente a la opinión que le piden respecto a un caso un tanto articular, ella pospuso su opinión argumentándolo para sí misma con estas palabras: «porque estamos en un mundo que es menester pensar lo que pueden pensar de nosotros para que hayan efecto nuestras palabras» (F 8, 7). Aquí Teresa parece descubrir ya el gran interrogante del *marketing*.

Esta idea de la que está convencida Teresa nos ayuda a ir más allá, a tratar de adentrarnos en el dinamismo de su pretensión de comunicadora, de transmisora de una noticia.

Si yo les preguntase la razón por la cual escribe Teresa, casi seguro que me respondería la mayoría con un tópico imposible de hacer desaparecer: Teresa escribe por obediencia. El hecho de que la gran mayoría de los que han leído a Teresa se hayan quedado con esa convicción ya pone de relieve hasta qué punto Teresa maneja con habilidad las artes de la comunicación.

Si el lector no saliese convencido de ello, seguramente tampoco se lo hubiesen tragado ni sus confesores ni los censores inquisitoriales que examinaron la obra. Todos terminan respetando los manuscritos teresianos porque Teresa deja muy claro que son fruto de su obediencia a confesores, teólogos, obispos, hombres santos, y al mismo Dios... Y si no se lo hubiesen tragado, sus escritos hubiesen acabado directamente en el fuego. Ciertamente Teresa no consiguió, al menos en vida, su propósito de publicar sus obras mayores, pero esto no significa que ese no fuera su proyecto. De hecho, en relación con el *Libro de la Vida* (considerado su escrito más íntimo y con la convicción de que lo hizo para sus confesores), se conserva una carta de Juan de Ávila en la que respondiendo a una petición de Teresa misma le dice: «El libro no está para salir a manos de muchos, porque ha menester limar las palabras de él en algunas partes; en otras, declararlas; y otras hay que al espíritu de vuestra merced puedan ser muy provechosas, y no lo serían a quien las siguiese...».

Comunicación como necesidad vital

De hecho ya en esa obra Teresa es una maestra en el lenguaje exhortativo y magistral. No solo se pone a enseñar con la autoridad que le da la experiencia y el aval de muchos personajes con los que ha hablado sobre esos temas, sino que ella misma siente la urgencia por comunicar y transmitir un mensaje que la sobrepasa. Curiosamente Teresa es muy consciente de sus artes literarias y hasta ella misma se echa flores reconociendo, por ejemplo, que en muchos temas «por ser mujer» atina mejor que los hombres. Así titula, por ejemplo, el capítulo 25 de Vida: «Es de mucho provecho para quien se viere en este grado de oración, porque se declara muy bien, y de harta doctrina».

Teresa, según va escribiendo, va tomando seguridad. Y a veces se entusiasma tanto que se le olvida que cada línea va a ser examinada minuciosamente por el censor. Llevada por el entusiasmo de haber concluido *Vida* en 1565, en 1566 toma de nuevo la pluma para escribir el *Camino de Perfección*, pero que recibirá tantas enmiendas, correcciones y tachaduras, que lo harán ilegible y tendrá que redactarlo de nuevo: el censor en ese caso no se dejó engañar tan fácilmente y llega a anotar al margen de algunas afirmaciones: «parece que reprende a los teólogos».

Un texto clásico de los tachados con sarna por la mano del censor, es la defensa que hace Teresa de las mujeres y de su papel, entonces totalmente desconocido, en la sociedad y en la Iglesia. Es un texto con una gran fuerza expresiva y argumentativa:

«Confío yo, Señor mío, en estas siervas vuestras que aquí están, que veo y sé no quieren otra cosa ni la pretenden sino contentaros; por Vos han dejado lo poco que tenían y quisieran tener más para servirlos con ello. Pues no sois Vos, Creador mío, desagradecido para que piense yo daréis menos de lo que os suplican, sino mucho más; ni aborrecisteis, Señor de mi alma, cuando andávades por el mundo, las mujeres, antes las favorecisteis siempre con mucha piedad y hallastes en ellas tanto amor y más fe que en los hombres, pues estava vuestra sacratísima Madre en cuyos méritos merecemos -y por tener su hábito- lo que desmerecimos por nuestras culpas. ¿No vasta Señor, que nos tiene el mundo acorraladas (...) que no hagamos cosa que valga nada por Vos en público ni osemos hablar de algunas verdades que lloramos en secreto, sino que no nos habíades de oír petición tan justa? No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez, y no como los jueces del mundo, que como hijos de Adán y en fin todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa. Sí, que algún día ha de haber, Rey mío, que se conozcan todos. No hablo por mí, que ya tiene conocido el mundo mi ruindad, y yo holgado que sea pública, sino porque veo los tiempos de manera, que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres» (CE 4, 1).

Escribir para comunicar

Este texto es simplemente una muestra de que cuando escribe Teresa quiere comunicar algo, o, mejor dicho, tiene que comunicar muchas cosas. Y en todos los escritos, aun cuando busca la manera de refinar sus posturas, siempre termina planteando algún tema polémico. En *Vida*, por ejemplo, no deja de dedicar un capítulo a analizar algunos libros y posiciones teológicas frente a la humanidad de Cristo, con los cuales ella no está de acuerdo. Pero lo mismo le pasa con otros temas como la cuestión de la presencia de Dios, que Teresa defiende que es constante, incluso en el pecador; la

primacía de la misericordia de Dios por encima de la justicia castigadora; la necesidad de una vida de fe personal y responsable, frente a un devocionalismo infantil, etc., la dedicación de las mujeres a la oración mental como camino evangélico, los demonios...

El nacimiento de la escritora-comunicadora

No podemos eludir en este contexto la cuestión de Teresa escritora: ¿cuándo, por qué y cómo surge en Teresa la pasión o necesidad de escribir? ¿Es algo vocacional?

Lo sorprendente es que Teresa no empiece a escribir hasta que no tiene 45 años. Es más, su primera obra está escrita cuando ella ya ha cumplido los 50. Es claro que no estamos frente a una escritora vocacionada.

Es cierto que Teresa, frente al común de la realidad de su tiempo, tiene una formación muy superior a la media. Además de saber leer y escribir, ya desde pequeña fue aficionada a la lectura. Primero a la lectura devocional y luego a la lectura de novelas caballerescas. Más adelante los grandes libros espirituales serán sus textos favoritos.

Pero, ¿cuándo surge en Teresa la necesidad de escribir? Prácticamente y de forma paralela a su experiencia mística.

Primero para dar a entender lo que le estaba aconteciendo. Pero que supondrá al inicio un gran fracaso. Eso acelera en ella todos los mecanismos para una mejor y mayor autocomprensión y análisis.

Teresa de Jesús, experta comunicadora...

Algo que también va acompañado, según dice Teresa, de la propia vida de gracia: «Porque una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es y qué gracia, otra es saber decirla y dar a entender cómo es. Y aunque no parece es menester más de la primera, para no andar el alma confusa y medrosa e ir con más ánimo por el camino del Señor llevando debajo de los pies todas las cosas del mundo, es gran provecho entenderlo y merced; que por cada una es razón alabe mucho al Señor quien la tiene, y quien no, porque la dio Su Majestad a alguno de los que viven, para que nos aprovechase a nosotros» (V 17, 5).

Pero cuando Teresa ya sea capaz, no solo de entender lo que le pasa, sino de darlo a entender a los demás, es decir, cuando se siente capaz de comunicar, va a emerger en ella con una fuerza increíble su vocación de escritora. No como quien simplemente coge la pluma para relatarnos una historia, sino como quien realmente necesita comunicar una experiencia, una verdad.

Comunicar contenido de vida

Esa fuerza, tal como decimos, surge precisamente en la profundidad de su experiencia de Dios: «siempre está bullendo el amor y pensando qué hará. No cabe en sí, como en la tierra parece no cabe aquel agua, sino que la echa de sí. Así está el alma muy ordinario, que no sosiega ni cabe en sí con el amor que tiene; ya la tiene a ella empapada en sí. Querría bebiesen los otros, pues a ella no la hace falta, para que la ayudasen a alabar a Dios».

Teresa toma conciencia de que el mejor modo de comunicar algo, y de conseguir que tenga efecto permanente en el receptor, es el de “engolosinar”. Palabra teresiana que encierra la concepción apostólica que ella le da a la comunicación escrita y oral.

Pero la necesidad de comunicar también emerge al contacto con la realidad: una realidad necesitada de una noticia y de un mensaje diferente, que ayude al hombre a salir de su gran ignorancia. Curiosamente Teresa se percata que la raíz de muchos de los males de su tiempo, la raíz más profunda, se encuentra en la ignorancia generalizada sobre lo que es el hombre y su dignidad. Las guerras de religión, las injusticias, las barbaridades que se comenten con los indios en las américas, etc., todo se origina en la ignorancia del hombre: «que esto es lo que mucho me lastima, ver tantas perdidas, y esos indios no me cuestan poco. El Señor los dé luz, que acá y allá hay harta desventura; que como ando en tantas partes y me hablan muchas personas, no sé muchas veces qué decir, sino que somos peores que bestias, pues no entendemos la gran dignidad de nuestra alma, y cómo la apocamos con cosa tan apocadas como son las de la tierra. Denos el Señor luz» (Carta a Lorenzo de Cepeda, 17 de enero de 1570, n. 13).

Esa bestialidad es la que fundamenta para Teresa el que de hecho la mayoría de los cristianos ni siquiera seamos conscientes de los grandes dones y del infinito amor que ya Dios nos ha regalado, pero que desconocemos porque no abrimos los ojos a nuestra interioridad: «No es pequeña lástima y confusión que, por nuestra culpa, no entendamos a nosotros mismos ni sepamos quién somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese ni supiese quién fue su padre ni su madre ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y así a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos almas. Mas qué bienes puede haber en esta alma o quién está dentro en esta alma o el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos; y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura: todo se nos va en la grosería del engaste o cerca de este castillo, que son estos cuerpos» (1 Mac 1, 2).

A esta ignorancia se uniría el gran desconocimiento que hay de Dios. Teresa se lamenta de que es muy poco conocido entre los que se llaman sus seguidores...

Todo esto urge con mayor fuerza en Teresa la necesidad de comunicar, de transmitir una Buena Noticia que sigue sin ser escuchada y acogida, pero que necesita reinventarse para que alcance el corazón de la humanidad.

Fundamentos de la comunicación teresiana hoy

Su experiencia de Dios, así como la actitud de ojos abiertos frente a la realidad, podríamos decir que son el fundamento de la urgencia y necesidad de comunicar, y también de donde brota la fuerza del mensaje que transmite. No son simples conceptos o teorías, sino experiencia vivida y transmitida. Aquí se radica la fuerza comunicativa de Teresa: en la veracidad testimonial de lo que transmite; en saber llegar al corazón de la persona; en saber dar luz a las tinieblas que nos habitan; en saber resolver el misterio de uno mismo, y en transmitirnos el rostro de un Dios amigo y misericordioso.

El mensaje de Teresa parece que tuvo gran fuerza en su época. Y sigue siendo permanente a lo largo de la historia y del presente. Si se supera la barrera del lenguaje epocal, Teresa sigue transmitiendo vida.

Cuando por ejemplo miro al papa Francisco y la fuerza comunicativa que tiene su lenguaje, sus gestos, cuando parecía que después del papa Juan Pablo II sería difícil que alguien atrajera tanto la atención mediática. Y sin necesidad de ninguna campaña de *marketing*, el interés mediático que suscita supera cualquier previsión. ¿Donde está esa fuerza comunicativa? Posiblemente en su sencillez, sin duda en la veracidad y consecuencia de su mensaje; pero, sobre todo, en que nos transmite un evangelio puro, sin adornos ni dogmatismos.

Es lo mismo que encontramos en Teresa. La fuerza de una mujer que se ha encontrado existencialmente con Dios; que reconoce ser pobre y pecadora, pero que sabe, y eso quiere contagiar, que hay Alguien que es capaz de llenar de sentido y valor la existencia de todo ser humano.

Nuestra fuerza de comunicación surgirá, sí, con ayuda del *marketing* y de los medios, pero sobre todo de la experiencia y de la experiencia de Dios. Entonces tendremos la capacidad de comunicar algo más que solo noticias; transmitiremos palabras generadoras de vida, comunicaremos Evangelio, es decir, Buena Noticia.